

Notas críticas al artículo “El Rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano”

Carlos Marx
31 de julio de 1844

(Tomado de OME-5, Crítica, Barcelona, 1978, páginas 227-245; también para las notas. Con traducción, desde el alemán, y notas de José María Ripalda. “Razones concretas me obligan a declarar que el presente artículo es primero que he enviado a *Vorwärts*” –nota de K. Marx–; publicado en *Vorwärts!*, número 60; las palabras o signos introducidos por las OME están entre corchetes angulares –◇–. Tras el fracaso de los *Anuarios* [Ver los artículos publicados por Marx y Engels en los *Anuarios franco-alemanes* en esta misma serie de nuestras EIS: *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, y *La cuestión judía*, de Marx, y *Esbozo de crítica de la economía política* y *La situación en Inglaterra* de Engels, EIS], Marx y Engels colaboran estrechamente en la redacción del *Vorwärts!*, que aparecía dos veces por semana desde enero de 1844. Una carta de Engels aparecida en *The New Moral World* (5 de octubre de 1844) decía: “En París tenemos un periódico alemán comunista, el *Vorwärts!*”. El periódico no era comunista en su conjunto; pero estaba tomando esa dirección bajo el influjo de Marx y Engels. El gobierno prusiano consiguió en febrero de 1845 que fuesen desterrados de Francia Marx y otros colaboradores de la revista. Ésta dejó así de existir. El primer artículo de Marx en el *Vorwärts!* va dirigido contra Ruge, quien bajo el seudónimo “un prusiano” había escrito en el mismo periódico. Las diferencias con Ruge se hallaban ya explícitas en parte en la correspondencia entre ambos publicada en los *Anuarios*: ahora son desarrolladas y precisadas, como lo es también la crítica que hacía del Estado “La cuestión judía” y la referencia al proletariado al final de la “Introducción” a la crítica de Hegel [ver los artículos de más arriba, EIS]. El tema del pauperismo y la atención a Inglaterra, que corresponden al influjo de Engels y a las nuevas lecturas de economía sirven para empezar a precisar lo que es el “proletariado”. Pero sobre todo el artículo precisa también decisivamente la crítica al Estado; si esta crítica le contraponen la categoría abstracta de “sociedad”, bajo ella lo tratado es la revuelta de los tejedores de Silesia, primer análisis por Marx de una revolución.)

El número 60 del *Vorwärts* trae un artículo titulado: “El rey de Prusia y la reforma social”, firmado: “un prusiano”.

El supuesto prusiano comienza por reproducir el contenido de la real orden del gobierno prusiano sobre el *levantamiento de los trabajadores de Silesia* y la opinión sobre ella del diario francés *La Réforme*.¹ *La Réforme* tendría el “SUSTO y el *sentimiento religioso*” del rey por la fuente de la orden ministerial. Incluso vería en este documento el presentimiento de las grandes reformas que se ciernen sobre la sociedad burguesa. El “prusiano” corrige a *La Réforme* de la siguiente manera:

“Ni el rey ni la sociedad alemana ha llegado a “presentir su reforma”,² incluso con los levantamientos en Silesia y Bohemia. Es imposible que un país APOLÍTICO como Alemania perciba la miseria PARCIAL de los distritos fabriles como una cosa general, pública y menos aún como un mal de todo el mundo civilizado. Lo ocurrido es

¹ El periódico *La Réforme* (París, 1843-1850) representaba al partido demócrata republicano francés. Engels escribió en él entre octubre de 1847 y enero de 1848. El levantamiento de los tejedores de Silesia (4-6 de junio de 1844) fue la primera gran lucha del proletariado industrial alemán.

² Nótese el absurdo estilístico y gramatical: “ni el rey ni la sociedad alemana HA llegado a presentir su” (¿a quién se refiere el “su”?) “reforma”. *Nota de Carlos Marx*.

La traducción castellana no puede reproducir que en este caso la forma gramatical “su” (“ihrer”) no puede referirse más que a un poseedor femenino (sociedad) o plural (rey y sociedad), pero no masculino (rey). Eds.

para los alemanes como cualquier sequía o hambre LOCALES. En consecuencia, el rey lo toma como una deficiencia ADMINISTRATIVA o DE BENEFICENCIA. Esta razón y los pocos soldados que bastaron para acabar con los pobres tejedores, hacen que al rey y a las autoridades no les diera ningún SUSTO la demolición de las fábricas y máquinas. Más aún, ni siquiera el *sentimiento religioso* ha dictado la orden ministerial. Esta es una expresión bien sobria del arte cristiano del Estado y de una doctrina que no conoce dificultades ante su única medicina: los “buenos sentimientos de los corazones cristianos”. Pobreza y crimen son dos grandes males. ¿Quién puede remediarlos? ¿El Estado y las autoridades? No, sólo la unión de todos los corazones cristianos.”

El supuesto prusiano niega el “*susto*” del rey, entre otras razones, porque bastó con unos pocos soldados para vencer a los pobres tejedores. O sea, que en un país en el que banquetes con brindis liberales y liberal espuma de champán (recuérdese la fiesta de Düsseldorf) provocan una real orden del gobierno,³ en que no fue preciso *ni un solo* soldado para aplastar los antojos de libertad de prensa y Constitución de *toda* la burguesía liberal; en un país en que la obediencia pasiva se halla al orden del día; en un país así, el tener que emplear la fuerza armada contra pobres tejedores ¿no es un *acontecimiento* y además *terrible*? Y los pobres tejedores vencieron en la primera confrontación. Sólo los refuerzos enviados después pudieron sofocar el levantamiento. ¿O es que el levantamiento de una masa de trabajadores es menos peligroso, porque no necesita de un ejército para ser sofocado? Que el juicioso prusiano compare el levantamiento de los tejedores de Silesia con los levantamientos de los trabajadores ingleses, y los tejedores de Silesia dejarán de parecerle unos pobres tejedores.

La relación *general* de la *política* con las *dolencias sociales* nos permitirá explicar por qué el levantamiento de los tejedores no podía “ASUSTARLE” demasiado al rey. Por de pronto el levantamiento no iba dirigido directamente contra el rey de Prusia sino contra la burguesía. Como aristócrata y monarca absoluto, el rey de Prusia es incapaz de amar a la burguesía. Todavía menos puede asustarse de que aumenten su servilismo y su impotencia merced a una situación tensa y difícil con el proletariado. Además, el católico ortodoxo es más enemigo del protestante ortodoxo que del ateo, lo mismo que el legitimista lo es más del liberal que del comunista. No es que el ateo y el comunista sean más afines al católico y al legitimista, sino que éstos les son más ajenos que protestante y liberal, toda vez que están *fuera* de su ámbito. La directa oposición del rey de Prusia, como político, se halla en la política, en el liberalismo. La oposición del proletariado existe tan poco para el rey como éste para el proletariado. El proletariado debería haber adquirido ya un poder firme para ahogar las antipatías, las diferencias políticas y atraerse toda la enemistad de la política. Por último, al carácter del rey, tan aficionado a lo *interesante e importante*, tenía que serle incluso una sorpresa agradablemente excitante el encontrar en su propio país y propiedad ese *pauperismo* tan “*interesante*” y “*del qué tanto se habla*”; y con ello, una ocasión de dar que hablar otra vez de sí. ¡Qué delicia habrá sentido al enterarse de que ya posee un *pauperismo* “*propio*”, real y prusiano!

Nuestro “*prusiano*” ha estado aún más desafortunado al *negar* que el “*sentimiento religioso*” sea la fuente de la real orden ministerial.

¿Por qué no es el sentimiento religioso la fuente de esta orden ministerial? Porque es “expresión bien SOBRIA del arte cristiano del Estado”, “SOBRIA” expresión de una doctrina que “no conoce dificultades ante su única medicina: los buenos sentimientos de los corazones cristianos”.

³ Con motivo de que hubiesen participado también funcionarios en un banquete liberal (Düsseldorf) en honor de la 7ª Dieta renana, una orden de 18 de julio de 1843 prohibía a los funcionarios tomar parte en actos semejantes. Eds.

¿No es el *sentimiento religioso* la fuente del arte cristiano del Estado? Una doctrina cuyo remedio universal son los buenos sentimientos de los *corazones cristianos* ¿no se basa en el sentimiento religioso? ¿Es que una expresión del sentimiento religioso deja de serlo por ser *sobria*? Incluso me atrevo a afirmar que tiene que ser un sentimiento religioso muy pagado de sí y muy *embriagador* el que, negando que el “ESTADO y LAS AUTORIDADES” puedan “REMEDIAr LOS GRANDES MALES”, busque ese remedio en la “UNIÓN DE LOS CORAZONES CRISTIANOS”. Muy *embriagador* es el sentimiento religioso que (como confiesa el “prusiano”) encuentra que todo el mal reside en la falta de sentido cristiano y por tanto remite las autoridades al único medio que puede fortalecer ese sentido: la “*exhortación*”. Según el “prusiano” los “*sentimientos cristianos*” son el fin de la orden del gobierno. Es natural que el sentimiento religioso, cuando es embriagador, cuando no es sobrio, se tenga por el único bien. Allí donde ve algo malo, lo atribuye a su *ausencia*; y es que, como él es el único bien, tampoco puede producir sino el bien. Así que la orden ministerial, como dictada por el sentimiento religioso, lo impone en consecuencia. Un político que tuviese un *sobrio* sentimiento cristiano, no buscaría en su “desconcierto” la “ayuda” de la “*exhortación del devoto predicador de los sentimientos cristianos*”.

Entonces ¿cómo demuestra el supuesto prusiano a *La Réforme* que la orden del gobierno no procede del sentimiento religioso? Describiendo en todo la orden del gobierno como un producto del sentimiento religioso. ¿Cabe esperar de una cabeza tan *ilógica* comprensión de los movimientos sociales? Oigamos cómo *charla* sobre la relación de la *sociedad alemana* con el movimiento obrero y en general con la reforma social.

Distingamos lo que descuida el “prusiano”, distingamos las diversas categorías asumidas en la expresión “SOCIEDAD ALEMANA”: gobierno, burguesía, prensa, por último, los mismos trabajadores. Tales son las *diversas* masas de que aquí se trata. El “prusiano” hace de ellas una masa, para condenarla acto seguido desde su elevado punto de vista. La *sociedad alemana* según él “ni siquiera ha llegado a presentir su “*reforma*”.

¿Por qué le falta este instinto?

“Es imposible”, responde el prusiano, “que un país APOLÍTICO como Alemania perciba la miseria *parcial* de los distritos fabriles como una COSA GENERAL, PÚBLICA y menos aún como un mal de todo el mundo civilizado. Lo ocurrido es para los alemanes como cualquier sequía o hambre LOCALES. En consecuencia, el rey lo toma como una DEFICIENCIA ADMINISTRATIVA y DE BENEFICIENCIA”.

Es decir, que el “prusiano” explica esta *falsa* concepción de la miseria de los trabajadores a partir de la *idiosincrasia* de un país *apolítico*.

Hay que conceder que Inglaterra es un país *político*. También hay que conceder que Inglaterra es el *país del pauperismo*, palabra que incluso es de origen inglés. Mirar a Inglaterra es por consiguiente el experimento más seguro para aprender cuál es la relación de un país *político* con el *pauperismo*. En Inglaterra la miseria de los trabajadores no es *parcial* sino *total*; no se limita a los distritos fabriles, sino que se extiende a los distritos campesinos. Los movimientos <sociales> no se hallan aquí en nacimiento; desde hace casi un siglo se repiten periódicamente.

Ahora bien, ¿cómo entiende la burguesía inglesa, junto con su gobierno y su prensa, el *pauperismo*?

En tanto en cuanto la burguesía inglesa confiesa que el pauperismo es *culpa de la política*, el *whig* tiene al *tory* y el *tory* al *whig* por la causa del pauperismo. Según el *whig* la fuente principal del pauperismo se halla en el monopolio del latifundismo y la legislación que prohíbe la importación de cereales. Según el *tory* todo el mal reside en el liberalismo, la competencia, el sistema fabril llevado a la exageración. Ninguno de ambos

partidos encuentra la razón del mal en la política a secas sino en la política del partido opuesto. Una reforma de la sociedad es algo con lo que ambos partidos ni sueñan.

La expresión más radical de la concepción inglesa del pauperismo (nos referimos siempre a la burguesía y gobierno ingleses) es la *Economía nacional inglesa*, es decir el reflejo científico de la situación de la economía nacional inglesa.

Uno de los mejores y más famosos economistas nacionales de Inglaterra, conocedor de la situación actual y que tiene que poseer una visión de conjunto de la sociedad burguesa, Mac Culloch, discípulo del cínico Ricardo, todavía tiene el valor de aplicar en un curso público a la Economía, y con aprobación, lo que dice Bacon de la filosofía:

“Un hombre que suspende su juicio con verdadera e incansable sabiduría, que avanza paso a paso, que vence uno tras otro los obstáculos que detienen como montes la marcha del estudio, alcanzará tarde o temprano esa cumbre de la ciencia donde se disfruta de la paz y de un aire puro, donde la naturaleza se ofrece a la vista en toda su belleza y de donde cómodos senderos permiten bajar hasta los últimos detalles de la praxis.”⁴

¡Buen *aire puro* la atmósfera pestilente de los sótanos habitados en Inglaterra! ¡*Gran belleza natural* los fantásticos harapos de los pobres ingleses y la carne ajada y encogida de las mujeres devoradas por el trabajo y la miseria; los niños que yacen en el estiércol, los abortos que produce el exceso de trabajo en la mecánica monótona de las fábricas! Y los más delicados *detalles últimos de la praxis*: ¡la prostitución, el asesinato y el patíbulo!

Incluso el sector de la burguesía que se ha percatado del peligro del pauperismo, lo concibe, así como sus remedios, de una forma no sólo *singular* sino, para decirlo sin rodeos, *infantil* y *estúpida*.

Así, por ejemplo, el Dr. Kay, en su folleto “Recent measures for the promotion of education in England”, lo reduce todo al *descuido de la educación*. ¡Adivínese por qué! Porque el trabajador, al faltarle la educación, no comprende las “*leyes naturales del comercio*”, leyes que le reducen *necesariamente* al pauperismo. Por eso se sublevaría. Y esto podría “*perturbar la prosperidad* de las manufacturas y comercio ingleses, sacudir la confianza mutua de los comerciantes, *reducir la estabilidad* de las instituciones políticas y sociales”.

Hasta tal punto llega la irreflexión de la burguesía inglesa y su prensa sobre el pauperismo, esa epidemia nacional de Inglaterra.

Supongamos, pues, que sean fundados los reproches dirigidos por nuestro “prusiano” a la sociedad *alemana*. ¿Será la razón el *apoliticismo* alemán? La burguesía de la *apolítica* Alemania no sabrá comprender la significación general de una calamidad *parcial*; pero en cambio la burguesía de la *política* Inglaterra sabe ignorar la significación general de una calamidad *parcial*; pero en cambio la burguesía de la *política* Inglaterra sabe ignorar la significación general de una calamidad universal, de una miseria que ha mostrado su significación general en parte repitiéndose periódicamente, en parte extendiéndose en el espacio y en parte por el fracaso de todos los intentos de remediarla.

El “prusiano” pone además a la cuenta del *apoliticismo* germano el que el rey de Prusia atribuya el pauperismo a una *deficiencia administrativa y de beneficencia*, y por consiguiente busque su remedio en normas de *administración y beneficencia*.

¿Es característica del rey de Prusia esta forma de ver las cosas? Echemos una ojeada a Inglaterra, el único país en el que se puede hablar de una gran acción *política* en punto a pauperismo.

⁴ La frase sobre “el aire puro” no se encuentra en el original latino de Bacon (ni en Mac Culloch) sino en la traducción francesa por John Ramsey del *De dignitate et augmentis scientiarum*. Eds.

La actual legislación inglesa sobre los pobres data de la ley contenida en el acta 43 del gobierno isabelino.⁵ ¿Cuál es el instrumental previsto por esta ley? La obligación de las parroquias a apoyar a sus trabajadores pobres, la tasa de los pobres, la beneficencia legal. Dos siglos ha durado esta legislación, la beneficencia por el camino burocrático. ¿Cuál es tras largas y dolorosas experiencias el punto de vista del parlamento en su Amendment Bill de 1834?

Por de pronto explica el terrible aumento del pauperismo por una “DEFICIENCIA ADMINISTRATIVA”.

Así que se reforma la administración de la tasa de pobres, formada por funcionarios de las respectivas parroquias. Las parroquias son agrupadas aproximadamente de veinte en veinte en “*uniones*”, que a su vez forman una administración única. Un despacho de funcionarios (Board of Guardians), elegidos por los contribuyentes, se reúne un día determinado en la residencia de la unión y decide sobre la conveniencia de las ayudas. Estos despachos son dirigidos y vigilados por delegados del gobierno, la comisión central de Somerset-House, *ministerio del pauperismo*, como le llamó certeramente un francés.⁶ El capital controlado por esta administración casi iguala la suma que cuesta el ejército en Francia. La cifra de administraciones locales que trabajan para él, asciende a 500 y cada una de éstas ocupa a su vez por lo menos a una docena de funcionarios.

El parlamento inglés no se contentó con una reforma *formal* de la administración.

Según él la fuente principal de la situación *extrema* del pauperismo inglés se encontraría en la misma *ley de pobres*. El medio legal contra la dolencia social, la beneficencia, alimentaría la dolencia social. Por lo que respecta al pauperismo *en general*, éste sería una *eterna ley natural* de acuerdo con la teoría de *Malthus*:

“Puesto que la población tiende sin cesar a crecer más de prisa que los medios de subsistencia, la beneficencia es una locura, un estímulo público a la miseria. Por tanto, el Estado no puede hacer otra cosa que entregar la miseria a su destino y a lo sumo aliviar la muerte de los miserables.”

El parlamento inglés une a esta filantrópica teoría la opinión de que el pauperismo es la *miseria de que son culpables los mismos trabajadores*; por tanto, en vez de prevenirla como una desgracia, hay que reprimirla y castigarla como un crimen.

De aquí viene el reglamento de los workhouses, es decir de los asilos, cuya organización interna *hace desistir* a los miserables de buscar refugio ante la muerte por hambre. En los workhouses la beneficencia se halla inteligentemente entreverada con la *venganza* del burgués contra el mísero que apela a su beneficencia.

De modo que Inglaterra ha buscado primero la aniquilación del pauperismo mediante la *beneficencia y medidas administrativas*. Luego, en el avance progresivo del pauperismo no vio la necesaria consecuencia de la *industria* moderna sino al contrario la consecuencia de la *tasa inglesa de pobres*. En la miseria universal no vio más que una *particularidad* de la legislación inglesa. Lo que antes se creyó provocado por una *falta de beneficencia*, se vio luego como consecuencia de un *exceso de beneficencia*. Por último, la miseria fue tenida por culpa de los miserables y como tal fue castigada en ellos.

El significado general. que la *política* Inglaterra le ha sacado al pauperismo, se limita a que en el decurso del desarrollo y pese a las medidas administrativas el pauperismo ha llegado a constituirse en una *institución nacional* y por tanto inevitablemente se ha convertido en el objeto de una administración complicada y enorme; pero esta administración ya no tiene por finalidad erradicarlo, sino *disciplinarlo*,

⁵ Para nuestro fin no es preciso retroceder hasta el estatuto de los trabajadores bajo Eduardo III. *C. Marx*.

⁶ Eugene Buret. “Somerset-House” era un viejo palacio londinense, sede de varias instituciones estatales. Eds.

eternizarlo. Esta administración ha renunciado a cerrar por medios *positivos* la fuente del pauperismo y se atiene a cavarle una tumba con policial ternura, en cuanto asciende a la superficie del país oficial. El Estado inglés, muy lejos de no conformarse con medidas de administración y beneficencia, ha caído muy por debajo de ellas. Actualmente se limita a administrar un pauperismo dotado de la desesperación de dejarse apresar y encerrar.

Así que hasta ahora el “prusiano” no ha demostrado nada *especial* en el procedimiento del rey de Prusia. Pero *¿por qué?*, exclama el gran hombre con *rara ingenuidad*, “¿por qué no DISPONE INMEDIATAMENTE el rey de Prusia LA EDUCACIÓN DE TODOS LOS NIÑOS ABANDONADOS?” *¿<Y>* por qué comienza él *<el “prusiano”>*, dirigiéndose a las autoridades y esperando sus planes y propuestas?

Ese prusiano listillo se tranquilizará, cuando se entere de que el rey de Prusia es tan poco original en esto como en sus otras acciones; más aún, de que ha tomado el único camino que *puede* tomar un jefe de Estado.

Napoleón quiso acabar con la mendicidad de golpe. *<Con tal fin>* encargó a sus autoridades de preparar planes para la *erradicación de la mendicidad* en toda Francia. El proyecto se hacía esperar. Napoleón perdió la paciencia, escribió a su ministro del Interior, Crétet, le mandó acabar con la mendicidad en el plazo de *un mes*, he aquí sus palabras:

“No podemos pasar por esta Tierra sin dejar huellas que recomienden nuestra memoria a las generaciones venideras. No me pidáis tres o cuatro meses más para realizar vuestras comprobaciones: disponéis de jóvenes auditores, prefectos inteligentes, ingenieros bien formados de caminos y puentes. Ponedles a todos en movimiento, no os durmáis en la rutina burocrática.”

En pocos meses se había cumplido todo. El 5 de julio de 1808 se publicaba la ley reprimiendo la mendicidad. *¿Cómo?* Con los *dépôts* *<de custodia policial de personas>*, tan rápidamente convertidos en cárceles, que pronto los pobres sólo ingresarían en esas instituciones a través del *tribunal de delitos menores*. Y sin embargo M. Noailles du Gard, diputado legislativo exclamó entonces:

“Eterno agradecimiento al héroe que garantiza a la necesidad un refugio y a la pobreza el alimento. La infancia ya no se hallará abandonada, las familias pobres no carecerán ya de recursos ni los trabajadores de aliento y ocupación. Nuestros pasos ya no tendrán que detenerse ante el espectáculo desagradable de las enfermedades y de la vergonzosa miseria.”

El último pasaje es con su cinismo la única verdad de este elogio.

Si Napoleón se remite al conocimiento de causa de sus auditores, prefectos, ingenieros, ¿por qué no el rey de Prusia a sus funcionarios?

¿Por qué no dispuso Napoleón la *inmediata* supresión de la mendicidad? El mismo valor que esta pregunta tiene la del “prusiano”: “¿por qué no dispone inmediatamente el rey de Prusia la educación de los niños abandonados?” ¿Es que sabe el “prusiano” lo que tendría que disponer el rey? Nada menos que la *aniquilación del proletariado*. Para educar niños hay que *alimentarlos* y liberarlos del *trabajo asalariado*. La alimentación y educación de los niños desamparados, es decir la alimentación y educación de *todo* el proletariado *en ciernes*, sería la aniquilación del proletariado y del pauperismo.

La *Convención* tuvo por un momento el valor de *disponer* la *supresión* del pauperismo, aunque no *“inmediatamente”*, como lo reclama el “prusiano” de su rey, al contrario: primero encargó al Comité de salud public la elaboración de los planes y propuestas necesarios; luego el mismo Comité estudió las amplias investigaciones de la Asamblea constituyente sobre el estado de la miseria en Francia y a continuación Barère propuso la publicación del “*Livre de la bienfaisance nationale*”, etcétera. ¿Qué consecuencias tuvo la orden de la Convención? Que el mundo contara con una disposición más y un año más tarde mujeres hambrientas asediaron la Convención.

Y sin embargo la Convención fue el *máximo de energía política, de poder político y de entendimiento político.*

Inmediatamente, sin consultarlo con las autoridades, *no hay* gobierno en el mundo que haya decretado *órdenes* sobre el pauperismo. El Parlamento inglés llegó a enviar comisarios a todos los países europeos, para estudiar los diversos remedios administrativos contra el pauperismo. Pero en tanto en cuanto los Estados se han ocupado del pauperismo, no han pasado de *medidas administrativas y de beneficencia* o incluso han caído por debajo de eso.

¿Es que puede proceder de otro modo el *Estado*?

El *Estado* no encontrará *nunca* la causa de las dolencias sociales en el “*Estado y la organización social*”, tal y como lo exige el prusiano de su rey. Allí donde existen partidos políticos, cada uno encuentra la razón de todos los males en el hecho de que es su adversario y no él quien se encuentra al *timón del Estado*. Incluso los políticos radicales y revolucionarios buscan la causa del mal no en la *esencia* del Estado sino en una *forma* concreta de *Estado*, que es lo que quieren substituir por *otra* forma.

Desde el punto de vista *político* el Estado y la organización de la sociedad no son dos cosas distintas. El Estado es la *organización de la sociedad*. Allí donde el Estado confiesa la existencia de abusos *sociales*, los busca o bien en *leyes naturales*, irremediables con las fuerzas humanas, o en la *vida privada*, independiente de él, o en *disfuncionalidades de la administración*, que depende de él. Así Inglaterra tiene la miseria por basada en la *ley natural* según la cual la población siempre tiene que crecer más deprisa que los medios de producción. Por otra parte, explica el *pauperismo* con la *mala voluntad de los pobres*, lo mismo que el rey de Prusia recurre para ello a la *falta de sentimientos cristianos entre los ricos* y la Convención a la *sospechosa actitud contrarrevolucionaria* de los *propietarios*. En consecuencia, Inglaterra castiga a los pobres, el rey de Prusia amonesta a los ricos y la Convención guillotina a los propietarios.

Finalmente, *todos* los Estados buscan la causa en *fallos accidentales* o *intencionados* de la *administración*, de suerte que el remedio consistirá en corregir la administración. ¿Por qué? Precisamente porque la *administración* es la actividad *organizadora* del Estado.

La *contradicción* entre el carácter y la buena voluntad de la administración por una parte y sus medios y capacidad por la otra no puede ser superada por el Estado, sin que éste se supere a sí mismo ya que se basa en esta contradicción. El Estado *se basa* en la contradicción entre la *vida pública y privada*, entre los *intereses generales* y especiales. Por tanto, la *administración* tiene que limitarse a una actividad *formal y negativa*, toda vez que su poder acaba donde comienzan la vida burguesa y su trabajo. Más aún, frente a las consecuencias que brotan de la naturaleza antisocial de esta vida burguesa, de esta propiedad privada, de este comercio, de esta industria, de este mutuo saqueo de los diversos sectores burgueses, la *impotencia* es la *ley natural* de la administración. Y es que este desgarramiento, esta vileza, este *esclavismo de la sociedad burguesa* es el fundamento natural en que se basa el Estado *moderno*, lo mismo que la *sociedad burguesa del esclavismo* fue el fundamento natural en que se apoyaba el Estado antiguo. La existencia del Estado y la de la esclavitud son inseparables. El Estado *antiguo* y la esclavitud antigua (contraste *clásico* y sin tapujos) no se hallaban *soldados* entre sí más íntimamente que el moderno Estado y el moderno mundo del lucro (hipócrita contraste *cristiano*). Si el Estado moderno quisiese acabar con la *impotencia* de su administración, tendría que acabar con la actual *vida privada*. Y de querer acabar con la *vida privada*, tendría que acabar consigo mismo, ya que *sólo* existe por oposición a ella. Pero no hay un ser vivo que crea fundados los defectos de su existencia en su *principio vital*, en la esencia de su vida, sino en circunstancias que le son extrínsecas. El *suicidio* es antinatural.

Por tanto el Estado no puede creer en la impotencia *interna* de su administración, o sea de sí mismo. Lo único de que es capaz es de reconocer defectos formales, accidentales y tratar de remediarlos. ¿Que estas modificaciones no solucionan nada? Entonces la dolencia social es una imperfección natural, independiente del hombre, una *ley divina*; o la voluntad de la gente privada se halla demasiado pervertida como para corresponder a las buenas intenciones de la administración, ¡y cómo lo tergiversan todo!: se quejan del gobierno en cuanto limita la libertad y exigen de él que impida sus inevitables consecuencias.

Cuanto más poderoso es el Estado y por tanto *más político* es un país, tanto menos dispuesto se halla a buscar la razón de las dolencias sociales en el principio del Estado (o sea en la *actual organización de la sociedad*, de la que el Estado es expresión activa, consciente de sí y oficial), tanto menos dispuesto se halla a comprender que el Estado es el principio *universal* de esas dolencias. La razón *política* es precisamente razón *política*, porque piensa *sin salirse* de los límites de la política. Cuanto más aguda, cuanto más viva, tanto más incapaz es de comprender las dolencias sociales. La época clásica de la razón política es la Revolución francesa. Lejos de ver en el Estado la fuente de los defectos sociales, los héroes de la *Revolución francesa* ven en los defectos sociales la fuente de los males políticos. Así, para *Robespierre*, la extrema pobreza y la gran riqueza son sólo un obstáculo de la *pura democracia*. Por consiguiente, trata de establecer una frugalidad *espartana* general. El principio de la política es la *voluntad*. Cuanto más parcial, o sea cuanto más perfecta es la razón *política*, tanto más cree en la *omnipotencia* de la voluntad, tanto mayor es su ceguera frente a los *límites naturales* y mentales de la voluntad, tanto más incapaz es por tanto de descubrir la fuente de las dolencias sociales. No hace falta decir más contra la estúpida esperanza del “prusiano” que hace de la “razón política” la instancia llamada a “descubrir *la raíz de la miseria social en Alemania*”.

No sólo era disparatado suponerle al rey de Prusia un poder de que no dispusieron la Convención y Napoleón juntos. Disparatado era atribuirle una forma de ver las cosas que superaría los límites de *cualquier* política, una forma de ver las cosas de la que el mismo “prusiano” sabio no se halla más cerca que su rey. Toda esta declaración era tanto más disparatada, por cuanto el mismo “prusiano” nos confiesa:

“Las buenas palabras y la buena intención son BARATAS. El conocimiento de causa y las acciones eficaces son CAROS; y en este caso, MÁS QUE CAROS, ni siquiera SE HALLAN AÚN A LA VENTA.”

Si son tan inaccesibles, entonces <claro que> habrá que ensalzar a todo el que desde su puesto hace lo que puede. Por lo demás dejo al tacto del lector si en esta ocasión el mercantilista lenguaje de gitanos “barato”, “caro”, “aún no se halla a la venta” pertenece a la categoría de las “*buenas palabras*” y de la “*buena intención*”.

Supongamos por tanto que las observaciones del “prusiano” sobre el gobierno y la burguesía alemanes (ésta se halla contenida sin duda en la “*sociedad alemana*”) sean perfectamente fundadas. ¿Es que esta parte de la sociedad se halla más desconcertada en Alemania que en Inglaterra y Francia? ¿Cabe hallarse más desconcertado que por ejemplo en Inglaterra, donde del desconcierto se ha hecho un sistema? Cuando hoy en día estallan levantamientos obreros en toda Inglaterra, burguesía y gobierno no saben mejor que en el último tercio del siglo XVIII lo que hacer. Lo único que se les ocurre es la violencia material; y como esta fuerza decrece en el mismo grado en que se extienden el pauperismo y la madurez mental del proletariado, el desconcierto inglés no puede sino crecer en proporción geométrica.

Falso, falso de hecho es por último el que la burguesía alemana ignore por completo la significación universal del levantamiento de Silesia. En varias ciudades los maestros tratan de asociarse con los oficiales. Todos los periódicos *liberales* en Alemania,

los órganos de la burguesía liberal, rebosan de organización del trabajo, reforma de la sociedad, crítica de los monopolios y de la competencia, etc. Todo como consecuencia de los movimientos obreros. Los periódicos de Tréveris, Aquisgrán, Colonia, Wessel, Mannheim, Bratislava y hasta de Berlín traen con frecuencia artículos sociales muy claros, que el “prusiano” en todo caso podría leer con provecho. Incluso cartas desde Alemania no hacen más que expresar su admiración por lo débil de la oposición burguesa frente a las tendencias e ideas *sociales*.

Si el “prusiano” conociese mejor la historia del movimiento social, habría planteado su pregunta a la inversa. ¿Cómo es así que incluso la burguesía alemana interpreta la emergencia parcial de un modo relativamente tan universal? ¿De dónde proviene la *animosidad* y el *cinismo* de la burguesía política, de dónde la *falta de resistencia* y las *simpatías* de la burguesía *apolítica* con respecto al proletariado?

Vorwärts!, n.º 64 del 10 de agosto de 1844

Pasemos ahora a los oráculos del “prusiano” sobre los trabajadores alemanes.

“Los ALEMANES POBRES”, discretea, “NO SON MÁS SENSATOS QUE LOS POBRES ALEMANES, es decir: NUNCA ven más allá de su hogar, su fábrica, su distrito. *Hasta el presente* toda la cuestión sigue careciendo de esa ALMA POLÍTICA que lo penetra todo.”

Para poder comparar el estado de los trabajadores alemanes con el de los trabajadores en Francia e Inglaterra, el “prusiano” tendría que comparar la *primera figura*, el *comienzo* del movimiento obrero en Francia e Inglaterra, con el movimiento *alemán*, *que está empezando ahora mismo*. No lo hace. Así que su razonamiento se reduce a una trivialidad, como por ejemplo que la *industria* no se halla aún tan desarrollada en Alemania como en Inglaterra, o que un movimiento tiene otro aspecto en su comienzo que en su estado avanzado. Lo que quería era *caracterizar* el movimiento obrero en Alemania. Sobre este tema no dice ni palabra.

Que el “prusiano” se ponga en cambio en el punto de vista correcto. Entonces se encontrará con que *ni uno solo* de los levantamientos obreros en Francia e Inglaterra ha tenido un carácter tan *teórico* y *consciente* como el de los tejedores de Silesia.

Por de pronto recuérdese la canción de los tejedores, <“El juicio de sangre”,> esa atrevida *consigna* de lucha, en la que hogar, fábrica, distrito, ni siquiera son nombrados; al contrario, el proletariado comienza gritando su oposición contra la sociedad de la propiedad privada en una forma contundente, violenta, cortante, sin consideraciones. El levantamiento de Silesia *comienza* precisamente donde *acaban* los levantamientos de los trabajadores franceses e ingleses: por la conciencia de lo que es el proletariado. Sus mismas acciones muestran este carácter pensado, superior. Lo destruido no son sólo las máquinas, esos rivales del trabajador, sino también los *libros de cuentas*, los títulos de propiedad; y mientras que todos los otros movimientos se dirigían al comienzo sólo contra el *patrono*, el enemigo visible, este movimiento se dirige a la vez contra el banquero, el enemigo oculto. Finalmente, ni un solo levantamiento obrero en Inglaterra ha sido llevado con tanta valentía, deliberación y constancia.

En lo que respecta al nivel o capacidad de cultura de los trabajadores alemanes en general, llamo la atención sobre los geniales escritos de *Weitling*, cuyo valor teórico es a menudo superior al del mismo *Proudhon*, por más que no lleguen a su nivel formal. ¿Qué obra puede mostrar la burguesía (incluidos sus filósofos y escribas) sobre su propia emancipación, la emancipación política, comparable a las “*Garantías de la armonía y la*

libertad” de Weitling?⁷ Compárese la mediocridad insípida y pusilánime de la literatura política alemana con este debut literario *desmesurado* y brillante de los trabajadores alemanes; compárese estos *gigantescos zapatos* que lleva ya *de niño* el proletariado, con los zapatos de canijo que ha roto la burguesía alemana en la política, y a la *cenicienta alemana* habrá que profetizarle una *figura de atleta*. Hay que confesar que el proletariado alemán es el *teórico* del proletariado europeo, como el proletariado inglés es su *economista nacional* y el francés su *político*. Hay que confesar que Alemania tiene una vocación tan *clásica* de revolución *social* como es incapaz de revolución *política*. Y es que, así como la impotencia de la burguesía alemana es la impotencia *política* de Alemania, la disposición del proletariado alemán es (incluso vista desde la teoría) la disposición *social* de Alemania. La desproporción entre el desarrollo filosófico y político no es ninguna *anormalidad*. Es una desproporción necesaria. Sólo en el socialismo puede hallar un pueblo filosófico su praxis correspondiente, y por tanto sólo en el *proletariado* el elemento activo de su liberación.

De todos modos, en este momento no dispongo de tiempo ni de ganas para explicarle al “prusiano” la relación que guarda la “sociedad alemana” con la revolución social y partiendo de aquí por una parte la débil reacción de la burguesía alemana contra el socialismo, por la otra la magnífica disposición del proletariado alemán para el socialismo. Los elementos fundamentales para comprender este fenómeno los encontrará en mi *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*⁸ (*Anuarios francoalemanes*).

La sensatez de los *alemanes pobres* se halla pues en relación inversa a la sensatez de los *pobres alemanes*. Sólo que a la gente que ve en todo un objeto de ejercicios públicos de estilo, esta actividad *formal<ista>* les lleva a contenidos tergiversados, a la vez que el contenido tergiversado por su parte le imprime a la forma un estigma de bajeza. Así el intento del “prusiano” de moverse en la forma de la antítesis con un motivo como los disturbios de los trabajadores en Silesia, le ha seducido a la mayor antítesis contra la verdad. La única tarea de una cabeza pensante y amante de la verdad ante el primer estallido del levantamiento de los trabajadores en Silesia, no consistía en hacer de *preceptor* de estos sucesos, sino al contrario en estudiar su carácter *peculiar*. Para esto ciertamente hace falta cierto conocimiento científico de causa y cierto amor por los hombres; para la otra operación en cambio basta con una fraseología hecha, mojada en vacío amor de sí mismo.

¿Por qué ese juicio tan despectivo del “prusiano” sobre los trabajadores alemanes? Porque para él “*hasta el presente toda la cuestión*” (o sea la cuestión de la miseria obrera) sigue careciendo de esa “*alma política que lo penetra todo*”. Su amor platónico por el alma política lo desarrolla más precisamente así:

“Todos los levantamientos que se produzcan en este fatal AISLAMIENTO DE LOS HOMBRES FRENTE A LA COMUNIDAD y de sus PENSAMIENTOS CON RESPECTO A LOS PRINCIPIOS SOCIALES, se ahogarán en sangre e irracionalidad. Pero sí la calamidad genera la razón y la razón POLÍTICA de los alemanes descubre la

⁷ Wilhelm Weitling (1808-1871), sastre de profesión, primer teórico alemán del comunismo. Citado [anteriormente por Marx] poco positivamente, el juicio que en cambio Marx da de él aquí y al comienzo de los *Manuscritos de París* [*Manuscritos económicos y filosóficos de 1844* [*Manuscritos de París*], en nuestra serie *Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*, página 6 del formato pdf.], es de franca admiración, lo que indica también una evolución en Marx. La obra de Weitling aquí citada, su obra principal, había aparecido en 1842. Pese a sus cualidades de agitador proletario y a la penetración de su observación, perdió pronto resonancia por su incapacidad analítica y práctica. En 1849 emigró a Nueva York, donde por un tiempo propagó el movimiento socialista, antes de dedicarse a la astronomía. Eds.

⁸ Carlos Marx, *Contribución a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, en esta misma serie de nuestras EIS.

raíz de la calamidad social, estos sucesos serán tenidos en seguida (también en Alemania) como síntomas de una gran revolución.”

Que el “prusiano” nos permita por de pronto una observación *estilística*. Su antítesis es incompleta. La primera mitad <de la segunda frase> dice: si la calamidad genera la razón; y la segunda mitad: si la *razón política* descubre la *raíz de la calamidad social*. La razón *a secas* de la primera mitad de la antítesis se convierte en la segunda mitad en la calamidad *social*, lo mismo que la simple *calamidad* de la primera mitad de la antítesis se convierte en la segunda mitad en la calamidad *social*. ¿Por qué ha favorecido el artista del estilo tan desigualmente ambas mitades de la antítesis? No me parece que se haya dado cuenta, y voy a tratar de interpretarle su verdadero *instinto*. El “prusiano” podría haber escrito: “si la calamidad social genera la razón *política* y la *razón política* descubre la raíz de la calamidad social”. En este caso a ningún lector imparcial se le escaparía lo *absurda* que es esta antítesis. Por de pronto cualquiera se habría preguntado por qué el anónimo <“prusiano”> no asocia la razón social a la calamidad social y la razón política a la calamidad política, como lo manda la lógica más elemental. Pero vayamos al grano:

Tan falso es que la *calamidad social* genere la razón *política*, como al contrario que el *bienestar social* genere la razón *política*. La razón *política* es espiritualista y se le da a quien ya tiene, a quien se halla confortablemente instalado. Que nuestro “prusiano” escuche en este punto a un economista nacional francés, el Sr. *Michel Chevalier*:

“El año 1789, cuando la burguesía se rebeló, sólo le faltaba para ser libre la participación en el gobierno del país. La liberación consistió para ella en arrebatar la dirección de los asuntos públicos y las altas funciones civiles, militares y religiosas de las manos de los privilegiados que las monopolizaban. *Rica e ilustrada*, en condiciones de bastarse y dirigirse a sí misma, quería librarse del *régime du bon plaisir*.”

Ya le hemos mostrado al “prusiano” lo incapaz que es la razón *política* de descubrir la fuente de la calamidad social. Sólo *una* palabra más sobre esta opinión suya. Cuanto más culta y general es la razón *política* de un pueblo, tanto más derrocha el *proletariado* sus fuerzas (al menos en los comienzos de su movimiento) en motines irracionales, inútiles y ahogados en sangre. Como ese pueblo piensa en la forma de la política, ve la razón de todos los males en la *voluntad* y todos los remedios en la violencia y la *subversión* de una forma *precisa* de Estado. La prueba: los primeros estallidos del proletariado *francés*. Los trabajadores de Lyon creían perseguir fines meramente políticos, se tenían por meros soldados de la república, cuando en realidad eran soldados del socialismo⁹. De este modo su razón política les obscureció la raíz de la calamidad social y falseó el conocimiento de su verdadero fin; de este modo su *razón política* le *mintió a su instinto social*.

Pero, si el “prusiano” espera que la calamidad engendre la razón, ¿por qué mezcla el “AHOGAR EN SANGRE” con el “AHOGAR EN IRRACIONALIDAD”? Si la calamidad es un medio, la calamidad *sangrienta* es hasta un medio *extremo* para generar la razón. De modo que el “prusiano” tendría que decir: Ahogar en sangre es ahogar la irracionalidad y darle a la razón un buen chorro de oxígeno.

El “prusiano” vaticina que serán sofocados los levantamientos desencadenados en “FATAL AISLAMIENTO DE LOS HOMBRES FRENTE A LA COMUNIDAD y DE SUS PENSAMIENTOS CON RESPECTO A LOS PRINCIPIOS SOCIALES”.

Hemos mostrado que el levantamiento de Silesia no consistió en absoluto en la separación entre los pensamientos y los principios sociales. Nos queda sólo el “FATAL AISLAMIENTO DE LOS HOMBRES FRENTE A LA COMUNIDAD”. Por comunidad

⁹ Se refiere a los levantamientos de los también tejedores de Lyon en noviembre de 1831 y abril de 1834.

se entiende aquí la *comunidad política*, el *Estado*. Es la vieja canción del *apoliticismo* alemán.

Pero ¿no estallan *todos* los levantamientos sin excepción en el *fatal aislamiento de los hombres frente a la comunidad*? Tocio levantamiento ¿no presupone el aislamiento? ¿Habría ocurrido la revolución de 1789 sin el fatal aislamiento de los burgueses franceses con respecto a la comunidad? El objetivo de esa revolución fue precisamente acabar con este aislamiento.

Pero la *comunidad* de la que se halla *aislado* el trabajador es una comunidad con una realidad y un contenido muy distintos de los de la comunidad *política*. Esta comunidad, de la que le separa *su propio trabajo*, es la vida misma, la vida física y espiritual, la ética humana, la actividad humana, el disfrute humano, el ser humano. El *ser humano es la verdadera comunidad* <lo que hay de común> en el hombre.¹⁰ El fatal aislamiento de este ser es sin comparación mucho más universal, insoportable, terrible, contradictorio que el aislamiento de la comunidad política; por eso la superación de aquel aislamiento, e incluso una reacción parcial, una *sublevación* contra él, es tanto más infinita por cuanto el hombre es más infinito que el *ciudadano*, y la *vida humana* que la *vida política*. La sublevación industrial será por tanto tan *parcial* como se quiera; en sí encierra un aliento *universal*. La sublevación política será tan universal como se quiera; hasta la más *colosal* de sus formas encierra un alma *mezquina*.

El “prusiano” cierra dignamente su artículo con la siguiente frase:

“Una REVOLUCIÓN SOCIAL SIN ALMA POLÍTICA (es decir sin la comprensión que organiza desde el punto de vista del todo) es imposible.”

Ya hemos visto. Si una revolución *social* se encuentra a nivel de *totalidad*, es porque (aunque sólo se realice en *un* distrito fabril) es un acto de protesta del hombre contra la vida deshumanizada, porque parte del *punto de vista del individuo singular y real*, porque la *comunidad* (a cuya pérdida reacciona el individuo) es la *verdadera* comunidad del hombre, el *ser humano*. En cambio, el *alma política* de una revolución consiste en la *tendencia* de las clases políticamente sin influjo por superar su *aislamiento* del Estado y de la *dominación*. Su punto de vista es el del Estado, un todo *abstracto*, cuya existencia se debe *únicamente* a la separación de la vida real, impensable sin una oposición *organizada* entre la idea general y la existencia individual del hombre. Por tanto, una revolución con *alma política* organiza también, de acuerdo con la naturaleza *limitada y desunida* de esta alma, un círculo dominante dentro de la sociedad y a costa de ella.

Al “prusiano” le vamos a confiar lo que es una “*revolución social* con *alma política*”; así le confiamos a la vez un secreto: que él mismo es incapaz, ni siquiera *retóricamente*, de elevarse por encima de una obtusa actitud politizante.

La revolución “*social*” con *alma política* es una de dos: o una construcción absurda (en caso de que el “prusiano” entienda por revolución “social” una revolución “social” por *oposición* a otra política, sin por esa dejar de dar a la revolución social un alma política en vez de social), o una mera *paráfrasis* de lo que por lo demás se ha venido llamando “*revolución política*” o “*revolución a secas*”. Toda revolución derroca la

¹⁰ “Gemeinwesen”, de “gemein” (común) y “Wesen” (ser), significa “comunidad”; pero puede ser tomado además con un juego de palabras como el “ser común”. Marx especula aquí con la coincidencia en este caso entre ambos sentidos. Y de especulación hay que hablar en cierto sentido, pues aunque la intención es referirse al individuo de carne y hueso (como se ve unas líneas más abajo), la formulación de Marx es de carácter netamente feuerbachiano, abstracto. El tema del “Gemeinwesen” adquirirá su concreción más precisa sobre todo en los apuntes etnológicos de los últimos años de Marx. Eds.

sociedad anterior; en este sentido es *social*. Toda revolución derroca el *poder anterior*; en este sentido es *política*.

Que el prusiano elija entre *paráfrasis* y *absurdo*. Pero tan redundante o absurda como es una *revolución social* con *alma política*, es de razonable una *revolución política* con alma social. La *revolución* en general (<o sea,> *derribar* el poder constituido y *disolver* la anterior situación) es un *acto político*. Ahora bien, sin *revolución* el *socialismo* es irrealizable. En tanto en cuanto el socialismo necesita *destrucción* y *disolución*, este acto *político* le es imprescindible. Pero allí donde comienza su *acción organizadora*, donde se abre paso su fin *inmanente*, su *alma*, el socialismo se deshace de su envoltorio *político*.

Tanta prolijidad ha sido precisa para *deshebrar* la *trama* de errores agazapados en una sola columna de periódico. No todos los lectores disponen de la cultura y el tiempo precisos para poder analizar esta *charlatanería literaria*. Tal vez el anónimo “prusiano” le esté debiendo al público un descanso en su actividad literaria de tema político y social, así como en sus peroratas sobre la situación alemana. En cambio, podría comenzar con un serio examen de conciencia sobre su propia situación.

París, a 31 de julio de 1844
KARL MARX

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es